

Los Reyes del Grial

Margarita Torres Sevilla
y José Miguel Ortega del Río

Edición de María Robledano



Introducción

EL HALLAZGO DEL SANTO GRIMAL, el cáliz que Jesucristo utilizó en la Última Cena con sus discípulos antes de ser ejecutado en la Cruz, es un mito de casi dos mil años, capaz de embarcar en la aventura de su búsqueda a caballeros, templarios, hombres de ciencia, aventureros a la caza de fortuna, nazis... Un misterio envuelto en la bruma del tiempo que ha generado leyendas como la del Rey Arturo y la Tabla Redonda y ha llenado páginas de poemas, cantares de gesta y volúmenes de investigación.

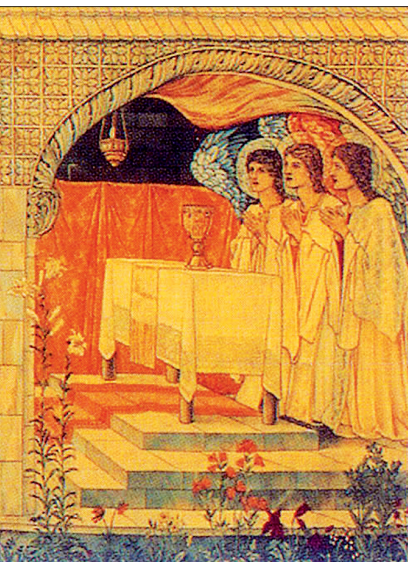
Los Reyes del Grial no es un libro más en la secuencia de miles. Ambos autores esperamos que sea el definitivo. Así lo concebimos el mismo día que, fruto del azar —si es que existe—, tuvimos conocimiento de ciertos pergaminos conservados en la prestigiosa Biblioteca de la Universidad de Al-Azhar de El Cairo (Egipto), que revelaban datos, hasta ahora inéditos, que situaban el lugar donde permaneció la Copa de Cristo hasta mediados del siglo XI y su traslado a España en esas fechas. Un afortunado e inesperado descubrimiento que ocurría al mismo tiempo que las revueltas árabes del norte de África.



Iluminación medieval que representa a Perceval, uno de los caballeros artúricos buscadores del Grial.

Apenas nuestra sorpresa primera dejó paso a la investigación, los acontecimientos se precipitaron a un ritmo estremecedor y trepidante, en el que la búsqueda de nuevos datos coincidía con el inicio de una revuelta popular, conocida internacionalmente como la Revolución de los Jóvenes, o Revolución Blanca, que arrancó con fuerza un martes 25 de enero de 2011, Día de la Ira, y acabó con la salida del entonces presidente, Hosni Mubarak, después de casi tres décadas en el poder.

A partir del insospechado hallazgo —gracias a la intermediación del arabista Gustavo Turienzo Veiga, buen conocedor de las fuentes medievales—, la posibilidad de demostrar desde dónde y cómo llegó a España el Cáliz de Cristo nos llevó por el camino de la asepsia científica para



poder ofrecer al lector sólo aquellas informaciones objetivas que sirvieran para apoyar tan extraordinario descubrimiento.

Esta historia comienza en la biblioteca cairota de la Universidad de Al-Azhar. Fundada en el año 975 por la dinastía fatimí, recibió particular atención del sultán Saladino, quien convirtió este lugar de conocimiento en el corazón del aprendizaje suní, centrado en materias religiosas y lingüísticas hasta que, en el periodo mameluco (1250-1517), llegó a ser el gran referente islámico que es hoy en día.

Musulmanes del sur de España y estudiosos de todas las partes del mundo que rezaban a Alá acudían a sus puertas. Esta llegada de intelectuales era de tal magnitud que catapultó a la gloria el nombre de Al-Azhar en los últimos siglos de la Edad Media. Su forma de concebir el Islam y el conocimiento científico han hecho posible mantener su prestigio a lo largo del periodo otomano, del siglo XX e incluso en la actualidad. Y es en sus salas donde se conservan las fuentes manuscritas que recogen los hechos que cambian por completo la historia del Cáliz de la Última Cena.

Sin desvelar demasiados datos todavía, sólo adelantaremos que un día de 1054-1055, la Copa del Poder, que antaño se custodiaba en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, fue entregada como regalo de amistad y agradecimiento del califa fatimí al emir de la taifa de Denia, quien a su vez deseaba congraciarse con el monarca más poderoso de la cristiandad hispana del momento: Fernando I (1037-1065).

Él fue el destinatario del vaso sagrado. Príncipe de Navarra, más tarde conde de Castilla y finalmente rey de León, gobernaba con mano firme en un tiempo convulso. Alcanzó el trono gracias a una muerte: la de su cuñado el leonés Vermudo III y, por aquellas fechas, asistió a la de su propio hermano, el rey de Navarra, en Atapuerca después de que sus ejércitos cruzaran las espadas en aquel campo de honor.

La llegada del Cáliz, sin duda, marcó un antes y un después en su tiempo. Como 956 años más tarde, en 2011, cambió las vidas de los autores de este estudio, un experto en Historia del Arte y una medievalista. ¿Por qué quiso el destino unir Egipto y España dos veces? A esta pregunta, creemos, nadie tiene respuesta hoy por hoy. Tal vez fuera el momento oportuno, quizá todo se conjuró para que así ocurriera.

A lo largo de estas páginas el lector conocerá la tierra de Jesús, la religión de los judíos de su tiempo, cómo fue verdaderamente la Última Cena, cuándo ocurrió, cómo esta reliquia sagrada nunca abandonó Jerusalén ni la capilla donde se veneraba en la iglesia del Santo Sepulcro hasta mediados del XI, siglo en el que partiría camino de la Península Ibérica. Poco a poco se desglosarán las noticias procedentes de estas fuentes manuscritas egipcias. También las aportaciones que, desde la historia y la arqueología, apoyan este camino definitivo. Tampoco escaparán en este recorrido los *otros griteriales*, cuya argumentación de identificación con la Copa de Cristo quedará rebatida, aunque, en algunos casos, no su antigüedad ni prestigio, como es el caso del Cáliz de Valencia, que la leyenda hecha tradición asocia con san Pedro y los papas de Roma.

Un recorrido extenso, pues, en el que no pretendemos convencer ni refutar ni buscar enfrentamientos absurdos. No esperen un libro sobre religión o esotérico. Tampoco una creación basada en el mito

griáfico a partir de la literatura. Nuestro objetivo siempre ha sido presentar nuevos y definitivos datos a partir de la ciencia y la historia, a la vez que hacer reflexionar al lector para que llegue desde la objetividad a una conclusión.

Aquí comienza el hallazgo del Santo Grial, el descubrimiento de la Copa con la que Cristo compartió su Última Cena. El primer paso en un camino de dos milenios que ahora, en 2014, llega a su destino. Demos paso a nuestro recorrido desde el principio.

PRIMERA PARTE

Un largo camino de mil años

Jesucristo, la Última Cena y la Pascua Judía

LAS EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS coetáneas a los tiempos de Jesús nos permiten crear, a grandes pinceladas, un esbozo de la sociedad de la época. Delatan una fuerte influencia helenizadora entre las élites de poder, que sin embargo no cala demasiado entre el pueblo. Especialmente en Galilea, la tierra del Mesías,¹ a pesar de estar en contacto con la Decápolis, cercana geográficamente.²

Los datos que nos aportan la historia, la numismática o las propias excavaciones sugieren que los galileos eran descendientes de judíos.³ Durante la etapa asmonea, la impronta religiosa y la fuerte vinculación con Jerusalén y su monarquía —que se deduce por el abandono de ciertos asentamientos y por la presencia de moneda asmonea y la confirmación del pago de tributos anuales— indican que Galilea formaba parte económica y políticamente de los territorios bajo la órbita de la realeza descendiente de los macabeos.

Durante la etapa herodiana, la cultura material galilea se muestra muy similar a la de Judea,⁴ sobre todo en algunos indicadores de la religión hebrea como el de no comer cerdo,⁵ la utilización de recipien-

tes y vasijas de piedra caliza,⁶ las piscinas rituales⁷ y los enterramientos secundarios con osarios en tumbas de tipo *loculi*.⁸

Frente a esta realidad que hermana las prácticas religiosas de los territorios galileos con los de Judea,⁹ en los asentamientos tradicionalmente considerados *gentiles*, como los de la Decápolis, la ausencia de esos indicadores ratifica las pautas de comportamientos que aparecen en los Evangelios durante la predicación de las enseñanzas de Jesús, sin que por ello exista una oposición entre ambas concepciones vitales y religiosas sino una convivencia que parte del respeto.¹⁰ Y es Cafarnaúm un buen ejemplo.

Estos aspectos resultan de sumo interés, máxime si consideramos la estrecha relación de Jesús con Cafarnaúm, que consta tanto en Mateo,¹¹ como en Marcos,¹² Lucas¹³ o Juan.¹⁴ En cierta medida se estima esta ciudad como el lugar de residencia de Cristo cuando comienzan sus enseñanzas y a lo largo de otros momentos especialmente significativos de su vida.¹⁵

Las referencias generalistas llegadas de las prácticas judías y galileas comunes adquieren especial relevancia gracias a la arqueología, ya que muestran un modelo de comportamiento religioso que en nada difiere del de Jerusalén o Judea en su conjunto, por aquel entonces dividido, según nos indica el historiador Flavio Josefo, en cuatro grandes formas de concebir la doctrina y su aplicación práctica: la de los fariseos, saduceos, esenios y zelotes.¹⁶

Fariseos y saduceos eran los dos grupos principales. Los primeros, muy populares entre el pueblo, mostraban una ejemplar piedad, muy estimada por el común que llevaba a que les saludaran con extraordinario respeto y a que denominaran *rabbí* a los maestros más destacados. Su interpretación exacta de la ley y las tradiciones, además de



su origen en los hassidim, les confirió gran crédito entre la mayoría de la población.

Hasta cierto punto existía conexión entre este grupo y los discípulos de Jesús. Así, el propio san Pablo se autoproclama fariseo e hijo de fariseos ante el Sanedrín cuando defiende su forma de entender la resurrección de los muertos, creencia que enraizaba con esta secta judía.¹⁷

Los saduceos eran mayoría entre la élite aristocrática. No dudaban en hacer ostentación a través de objetos suntuarios —joyas, vajillas, etcétera— de su aceptación de ciertos modelos sociales helenísticos y, posteriormente, romanos. Puesto que negaban la resurrección, sólo se preocupaban de su bienestar temporal al considerarse bendecidos por Dios, dada su posición preeminente. Apegados al Pentateuco, mantenían reservas o directamente prescindían de los restantes escritos bíblicos y no respetaban la tradición, sino las leyes escritas. Esto les llevaría a un choque frontal con los fariseos. Según los *Hechos de los Apóstoles*, entre ellos se encontraban los principales opositores a las enseñanzas de Jesús y los suyos.¹⁸

De los esenios,¹⁹ a partir de los datos que aporta Flavio Josefo, se puede seguir su rastro entre los siglos II a. C. y I d. C. De estricta disciplina, vida comunitaria, rectitud moral, ataviados con hábitos blancos y practicantes de la pureza mediante baños rituales y del celibato, esperaban un Mesías davídico y uno sacerdotal. Gracias a los hallazgos de Qumram, los Manuscritos del Mar Muerto, sabemos de sus prácticas en soledad, oración y sacrificio. También se ha llegado a valorar que la predicación de Juan el Bautista en el desierto, incluso su vinculación con Cristo, está íntimamente relacionada con este colectivo ascético.

Respecto a los zelotes,²⁰ su nacimiento se sitúa al final del reinado de Herodes. Su promotor Judas de Gamala, conocido como Judas Galileo, fundó, junto al fariseo Zadok, un partido basado en la defensa a ultranza de la libertad y de la soberanía divina como única. Su radicalismo contra Roma fracasó estrepitosamente, aunque queda el recuerdo heroico de su gesta en Masada.²¹

El tiempo vital de Jesús fue convulso, marcado por la dinámica de una confrontación latente con Roma que acabaría estallando en rebelión abierta. Pero no es éste el lugar para rememorar los hechos de Cristo o su predicación a lo largo y ancho del territorio hebreo, ya de sobra conocidos. De sus momentos finales, destinados a cambiar la historia del mundo, hemos de reseñar por su particular posterior importancia la Última Cena y la Pasión, Muerte y Resurrección del Mesías. Si la primera fue el puntal sobre el que se apoyó la Eucaristía, sacramento esencial en la liturgia cristiana, la segunda supuso un antes y un después para sus seguidores, y abrió el camino hacia una expansión de la fe, tanto entre los judíos como entre los gentiles, hasta acabar como religión única y oficial en el Imperio Romano en tiempos del emperador de origen hispano Teodosio I (finales del s. IV d. C.).

Centrarnos en la historia del Cristianismo nos llevaría cientos de páginas que desenfocarían el tema esencial que es el eje motor de este libro: el Santo Cáliz, la Copa que Cristo utilizó ese jueves que reunió a los Apóstoles para cenar con ellos poco antes de ser prendido, juzgado y ejecutado. Es por tanto fundamental que nos adentremos en este aspecto y sus vinculaciones con los rituales hebreos coetáneos a Jesús, porque en ellos encontramos claves esenciales para comprender cómo y por qué el vaso sagrado del que se sirvió Jesús adquirió la relevancia que más tarde obtuvo.

Son muchas las dudas sobre la Última Cena: ¿fue una celebración de Pascua según la liturgia judía de aquel tiempo? ¿Una cena de Cristo con sus más íntimos, conocedor o no, de la proximidad de su final en unas fechas tan importantes para los hebreos como aquellas en las que se rememoraba la liberación del pueblo de Israel del dominio egipcio? ¿Son lo suficientemente cercanas en el tiempo las versiones de los Evangelios? ¿Por qué difieren levemente entre sí? ¿Ha sido tan fundamental el papel de san Pablo, apóstol que no asistió al ágape, en la concepción que los cristianos tienen de la eucaristía? ¿Podemos rastrear en ella cierta influencia de la religión mitráica? Demasiadas cuestiones que han ocupado el tiempo de numerosos investigadores y que, aún en la actualidad, siguen vivas y causando polémica.

I.-EL ESCOLLO INICIAL: LA FECHA DE LA ÚLTIMA CENA

POR SU CONDICIÓN DE JUDÍO, más aún de *rabbí*, la práctica del ritual de la Pascua era bien conocida por Jesucristo. Celebración esencial en el año litúrgico hebreo, según *Éxodo* 12²² y *Deuteronomio* 16,²³ simbolizaba el paso de Dios para restituir la libertad a su pueblo, oprimido por la esclavitud en la tierra de los faraones. Una alianza tan especial que, año tras año, debía ser rememorada.

A lo largo de la vida pública de Jesús, son tres las Pascuas celebradas, tal como recoge el Evangelio de San Juan: la que acontece cuando la expulsión de los mercaderes del Templo de Jerusalén,²⁴ la que aborda el tema del pan²⁵ y la última, tras la acogida triunfal del Mesías, que coincide con la fecha en la que se escogen los corderos, contexto pascual en el que tiene lugar la Pasión.²⁶

El problema surge al tratar de poner fecha exacta a la última Cena porque esa circunstancia afecta a la propia naturaleza de la celebración. San Juan afirma que el banquete de Cristo tuvo lugar antes de la Pascua. Relata que, tras la detención del Maestro, fue llevado de la casa de Caifás al pretorio, ante Pilato. Y como era de madrugada, los judíos no entraron “para no contaminarse y poder así comer la Pascua”.²⁷ El gobernador romano, conocedor de estas costumbres, sugirió, antes de azotar a Jesús, que al ser habitual liberar a un preso²⁸ ese día, fuera el llamado rey de los judíos.²⁹

Esta insistencia del evangelista nace de sus deseos de identificar a Jesús con el nuevo *cordero pascual*, pues, si bien la Cena fue un banquete de despedida y la detención precedió a la festividad litúrgica hebrea, la crucifixión de Cristo aconteció exactamente la tarde del 14 del mes Nisán, momento en el que se degollaban los corderos. Así, según san Juan, surgiría una nueva víctima propiciatoria de la alianza ahora sellada entre Dios y los hombres a través de la sangre del Maestro.

Por el contrario, san Marcos en su relato de la Pasión insiste en la importancia de fijar la fecha de la cena coincidiendo con la celebración de la Pascua judía, de manera que la Eucaristía³⁰ suponga su sustitución. El relato de los días previos apenas se parece al de Juan, aunque en lo esencial concuerden: dos días antes de la fiesta, los miembros del Sanedrín y los fariseos buscan la forma de dar muerte a Jesús, evitando que tal circunstancia se produjese “durante las fiestas”, por el peligro de que el pueblo se amotinara. Mientras la conspiración crece en Jerusalén, Jesús se encuentra en Betania en casa de Simón el Leproso sentado a la mesa.³¹ Poco después, ya en Jerusalén, el primer día de los Ácimos, “cuando se sacrifica el cordero pascual”,

los apóstoles sugieren a Cristo buscar un lugar adecuado para preparar la cena según la liturgia judía. Durante la misma, bendicen el pan, el vino y cantan los himnos antes de salir al monte de los Olivos, donde es arrestado.³² Para este evangelista, la cena con los discípulos es una cena pascual. Y esta misma idea la encontramos en Mateo³³ y en Lucas:³⁴ Cristo come con sus discípulos el día del sacrificio del cordero pascual, el 14 del mes de Nisán, y es crucificado posteriormente. Este dato supone que la Última Cena se corresponde con la celebración de la fiesta judía.

Sin embargo, a pesar de la común apreciación de tres de los cuatro autores, Juan, en su Evangelio, afirma que Jesucristo fue ejecutado el día del sacrificio del cordero pascual según la costumbre hebrea, y tal circunstancia implica que el banquete con sus más cercanos fue más una comida de despedida entre hermanos que una remembranza religiosa, ya que la sitúa en una fecha que no es la del ritual.³⁵

Como se aprecia, no hay concordancia entre las fuentes evangélicas a la hora de fijar si la Cena con los discípulos fue un banquete de despedida con las bendiciones de mesa habituales entre los hebreos o una verdadera fiesta pascual; aunque la mayoría de los estudiosos admiten esta última posibilidad como la más probable.

2.-EL RITUAL DEL *SÉDER* EN LA PASCUA JUDÍA Y LA ÚLTIMA CENA

LOS JUDÍOS CELEBRABAN el *Pésaj*, la Pascua, para conmemorar la liberación del dominio egipcio, relatada en el libro del *Éxodo*. Durante siete días estaba prohibida la ingesta de alimentos fermentados y derivados de la harina, que eran sustituidos por el *maztá*, el pan ácimo o sin fermentar.³⁶